

HIGUERA A TRAVÉS DE LA CABALGATA

*Esteban Ruiz Ballesteros,
Universidad Pablo de Olavide*

A Clara Sierra, su dedicación
me mostró el valor de la *cabalgata*
que no se ve y su pasión fue una ventana
a la emoción de la *cabalgata que se ve*.

I. PENSAR LA CABALGATA

La cabalgata de Higuera de la Sierra es hoy suficientemente conocida como para relatar aquí qué es, cómo se organiza, su historia o cuáles son sus claves estéticas. De todo eso se ha escrito y hablado con profusión, tanto en los programas que cada año se editan al acercarse el cinco de enero, como en los libros y artículos que se refieren a la localidad y su fiesta más emblemática. A ellos remito a quién tenga este tipo de curiosidad.

No voy a contar por tanto la cabalgata, sino a compartir una forma de mirarla que ilumine su relevancia para el pueblo de Higuera. Puede que este texto esté pensado para iniciados en la cabalgata y sobre todo para los higuereños. Para quien nunca la haya disfrutado quizá resulte un tanto lejano. No obstante aprovecho la ocasión para invitarlo a que la presencie y le ofrezco una bibliografía para que pueda manejar todas sus claves.

La cabalgata pronto cumplirá cien años y a lo largo de este siglo nos dice algo sobre quienes la han hecho y la hacen; no sólo porque la cabalgata es reflejo de ellos —que con sus voluntades, amor y esfuerzo la han modelado— sino porque la cabalgata los ha ido haciendo a ellos. Por eso debemos mirar a la cabalgata pensando que no sólo Higuera crea cada año

la cabalgata, sino que la cabalgata ha ido construyendo a Higuera poco a poco, edición tras edición... Higuera a través de la cabalgata.

Estamos acostumbrados a que las Ciencias Sociales nos presenten los mitos, ritos y celebraciones como epifenómenos. Como reflejo simbólico de lo que sus celebrantes y creyentes son. Aquí quiero que nos despeguemos un tanto de esta tradición teórica y transitemos una senda muy distinta. ¿No habrá que considerar también que los mitos, ritos y celebraciones no son un reflejo de la realidad sino que contribuyen a hacerla? Ciertamente no es éste el lugar más indicado para disquisiciones teóricas y abstractas. Sólo quiero dejar constancia sucinta de la perspectiva que me anima en este texto sobre la cabalgata.

Quiero compartir algunas perspectivas para pensar la cabalgata, pero no pretendo un ejercicio intelectual, sino más bien afectivo. ¿Quién dijo que pensar y sentir son dos cosas distintas? Propongo mirar la cabalgata desde el mito que hoy simboliza, desde su expresión del hacer juntos, desde sus sentidos en el tiempo, desde su significado múltiple. Quiero ensayar una manera amplia y plural de mirarla, de disfrutarla, de reconocernos en ella. Y en este ejercicio la cabalgata es inseparable del pueblo que la hace, por eso pensar la cabalgata va a significar también pensar el pueblo, pensar Higuera con esa misma vocación de amplitud y de afectividad. Me gustaría que tuviéramos rondando la idea de que la cabalgata no es sólo algo que hacemos, sino —por qué no— algo que nos hace.

II. MITO

Hay un error que yo mismo he cometido muchas veces. He olvidado el mito que representa la cabalgata: el nacimiento, un niño, la luz, el inicio de una vida y la reverencia de todos ante el evento. ¿Qué pensamiento nos trae el nacimiento del niño Jesús? ¿Qué dicen las escenas en torno al enlace de sus padres y a los primeros momentos de su vida?

Nos hablan de un matrimonio fundado sobre una pareja extraña y un embarazo excepcional. Pero que contra todo pronóstico fue bien avenida y

cimentada sobre la llegada del niño. Y precisamente esa llegada constituyó la esperanza para todos a pesar de las contingencias y penurias que rodearon el alumbramiento. Dificultades que se convierten en fortalezas y culminan en la postración de los Magos ante un niño recién nacido en un establo. La paradoja que mueve al mundo.

Sobre ello —más allá de credos e interpretaciones fundamentalistas de uno u otro signo— queda el valor de la familia como núcleo fundamental de la vida humana. El motivo del nacimiento, su mito, nos indica que la iluminación para esta vida viene de lo más cotidiano. Que la sublimación está en lo normal, en lo simple, en lo humilde, ahí se esconde la esencia, el sentido.

Higuera se representa y se muestra en este mito, el de la simplicidad sublime: el parto de un niño. Porque a pesar de ser una cabalgata de reyes, hoy en día sus carrozas apuntan ante todo al nacimiento del niño. El mito se traduce en rito, y el rito en escenificaciones que vinculan a sus autores con lo trascendente y lo inexplicable, que curiosamente tiene que ver con lo más cotidiano: el nacimiento de un niño. La puesta en escena de todo ello es la cabalgata.

La fundación de la vida —de Dios hecho hombre para muchos, de un profeta para otros y de un héroe para todos— es el motivo que —por obvio— a veces se olvida. Si lo olvidamos terminamos desenfocando nuestra mirada. La cabalgata de Higuera —lo que la diferencia realmente de cualquier otra— es la celebración ritual de la preparación de un nacimiento, de los momentos inmediatamente posteriores a un parto, de la infancia de un niño, de la eclosión de la esperanza más genuinamente humana: uno de nosotros ha llegado a este mundo ¿qué le deparará el destino? No podemos olvidar que este mito late en cada cabalgata, en cada carroza, año tras año.

III. HACER JUNTOS

La cabalgata no es un ritual simple, realmente ninguno lo es si se le mira bien. Entre sus complejidades están los diferentes niveles de elementos, actividades y personas que se solapan, integrándose. Se da vida a personajes, se modelan carrozas, se crea la cabalgata. Son múltiples las formas de participar, ideando, escenificando, cosiendo, pintando, buscando un cacharro de barro entre los tiestos de la casa, montando un foco... Se conforma así una maraña sutil, casi imperceptible, de labores, cuidados, esfuerzos, desvelos, discusiones, disfrutes... que se mezclan con la escayola, la cola y el corcho blanco. Al final todo se consume como el buen arte efímero, entre el frío y la admiración de los visitantes de esa noche.

Lo que subyace a todo este torbellino es el *hacer juntos*. En un mundo como el de hoy, donde escasamente cabe una relación que no sea de mercado, donde incluso a nivel de la propia familia todo se traba con intereses, hacer juntos es, curiosamente, todo un acontecimiento. No es fácil encontrar ejemplos del tenor de la cabalgata de Higuera. Los niveles de sincronización, de estética, de uniformidad y creatividad al mismo tiempo, de esfuerzo colectivo, de dedicación, de presencia a lo largo del año, de entusiasmo y pasión que se dejan ver en torno a la cabalgata no son comunes. Por eso la cabalgata marca a la gente que la hace y la diferencia del resto.

Hacer juntos es también *hacerse juntos*, desarrollar un carácter, un ethos, que hace posible ese compartir y construir. Con frecuencia se habla del aprendizaje necesario para poder estar quieto representando un personaje sobre un camión en movimiento. Cómo los niños adquieren esa habilidad a fuerza de verlo, asumirlo y practicarlo. Cómo se sienten seguros y lo naturalizan. A algo análogo me estoy refiriendo ahora con la idea de *hacer juntos*. Solo que esta perspectiva es mucho menos visual y más actitudinal. Los niños, los jóvenes, los mayores aprenden con la cabalgata no sólo a representar escenas y a practicar una sensibilidad estética, sino a hacer juntos, con lo que tiene esto de dificultad. Consenso, tolerancia, debate, discusión, y en definitiva tomar decisiones colectivas son en gran parte una enseñanza necesaria de la cabalgata (como mantenerse quieto

encima del camión en marcha). No hay más remedio que aprenderlo si se quiere *hacer con otros*. Y de esta forma los que participan en la cabalgata se van haciendo a sí mismos, como en otras esferas de la vida.

Pero todavía podemos dar un paso más. No sólo hay un aprendizaje estético y una capacidad teatral, o una disposición actitudinal en el compartir y hacer juntos, sino que todo ello se ancla también en un creer juntos, en un pensar juntos. Consciente o inconscientemente se celebra una creencia común que reside en ese mito al que nos referíamos más arriba.

Desde aquí toma cuerpo y sentido pensar que tanto hace el pueblo la cabalgata como la cabalgata al pueblo. Es difícil saber donde empieza uno y termina la otra. Es un ejercicio estéril intentar desentrañar si la cabalgata es como es porque el pueblo de Higuera tiene un determinado carácter, sensibilidad, actitud y creencias, o si por el contrario ha sido el desarrollo de la cabalgata el que ha insuflado esas actitudes y sensibilidades entre los que participan en su reedición cada año.

Cabe advertir que en toda esta reflexión no hemos echado mano de lo que la cabalgata significa hacia fuera del pueblo, cómo lo representa hacia afuera (una perspectiva de análisis ya esbozada en múltiples ocasiones) sino que nos estamos centrando precisamente en lo que la cabalgata construye hacia dentro. La cabalgata da forma al pueblo tanto como el pueblo la conforma a ella. Una sensibilidad estética, una actitud para hacer juntos, un mito, están a la base de este (con)fundir al pueblo y su fiesta.

IV. TIEMPO

La cabalgata siempre la misma, siempre diferente. En nuestro trazo del tiempo a veces nos gusta pensar que todo ha sido siempre igual, otras —en cambio— nos da por asegurar que todo es muy diferente. Digo yo que eso depende en gran medida de nuestro propio estado de ánimo, a veces anclado a un tiempo pasado que se sueña mejor, y otras anhelando un futuro que borre los fantasmas que nos rondan. El tiempo, su representación, su referencia, su presencia, es una parte inherente de nuestra forma de conocer,

de estar en el mundo. Sobre la cabalgata confluyen al menos tres versiones del tiempo.

El tiempo de la historia, una evolución a lo largo de casi un siglo que la hace tan distinta de antaño pero guardando gran parte de su espíritu por voluntad de quienes la crean cada edición. Gusta pensarse que esta es la misma cabalgata que Don Domingo Fal ideara y creara durante tantos años. Y es tan cierto que es la misma, como evidente que no lo es. Higuera no podrá nunca agradecer lo bastante a Don Domingo su feliz iniciativa. Después de su fundador la cabalgata adquirió vida propia con caminos aún por recorrer que no podemos imaginar. Pero seguirá siendo cabalgata, con otras carrozas, otros modelos, e incluso otras intenciones. Un fenómeno dinámico que nadie puede manejar a su antojo precisamente porque tiene una potencia y vitalidad propias. Esa grandeza le cabe a su fundador a pesar de que en sus tiempos la cosa fuera muy distinta estética y organizativamente, pero paradójicamente sin él hoy no habría cabalgata. El referente a la historia permite echar el ancla en un punto del mar que se sueña y recrea pero al que es imposible retornar.

El tiempo biográfico, en el que la cabalgata se funde con cada historia personal. Memorias, generaciones, edades..., van pasando con la cabalgata como telón de fondo. Hoy día, prácticamente todos en el pueblo anclan en la cabalgata algo de su historia personal y familiar: sus vivencias. Cuando salió la primera vez, cuando ha sacado a sus hijos, aquella carroza que me impactó, el año en que no la vi... La cabalgata construye el tiempo de los higuereños como un referente de excepción. Y en tanto en cuanto sigue produciéndose cada año va añadiendo más capas de memoria los recuerdos de cada uno. La cabalgata es un referente para cada biografía, un hito que jalona cada tanto la traza de la vida.

El del ciclo anual, como tiempo repetitivo, signo del retorno. La cabalgata es una llama que prende cada año y se agota recién iniciado del invierno. Efímera y fugaz, pero siempre presente, marca la monotonía de lo repetitivo junto al entusiasmo de la creatividad. Como el propio ciclo del que forma parte, se consume y consume, transmitiendo el sentido más

cotidiano del tiempo, ese que nos anuncia que todo se repite pero que no es igual, que cabe asegurar lo que vendrá después pero no cómo tendrá lugar. Nuestras certezas e incertidumbres. Junto al histórico y al biográfico, la cabalgata también expresa el tiempo cíclico, ese que nuestro mundo busca relegar como anacronismo. Sí, las cosas vuelven y se repiten y en su iteración reside una parte del valor que nos aferra al terreno de siempre, más allá de las modas y la novelería. La cabalgata anida en este tiempo redondo y se nutre de él.

La confluencia de estos tres tiempos (la historia, la biografía y el ciclo anual) hace que la cabalgata sea la misma y que difiera para cada persona y para el pueblo. Que sea cambiante es uno de los valores que la mantienen viva. Por eso es cabal pensar que cada Higuera de los últimos cien años ha ido teniendo su cabalgata, y cada cabalgata su Higuera.

Desde esta premisa es desde donde hay que entender y asumir que se haya pasado de los motivos de fantasía a los motivos bíblicos, que del personalismo lógico de sus inicios hayamos pasado a una organización colectiva, que la cabalgata haya conocido su esplendor actual de la mano de las mujeres del pueblo, y cuantas transformaciones hoy inimaginables nos depare el futuro de esta celebración. Cada momento tiene su cabalgata que sólo en él tiene sentido, no cabe usar criterios de un momento para entender la cabalgata de otro tiempo. No es lo mismo la cabalgata de octubre que la de diciembre, la cabalgata del franquismo que la de la transición, la cabalgata de la niñez y la de la madurez. El tiempo todo lo trastoca, no podemos aferrarnos a él, lo inmutable está en nuestra voluntad no en el mundo. La cabalgata se desató cuando Don Domingo la ideó, Higuera es su dueña pero no pertenece a nadie.

V. CABALGATAS

Por eso cada uno tiene su cabalgata, la que mira desde los ojos del mito, en la que se involucra a través de su biografía personal, la que vive en ese tiempo efímero de la emoción y el sentimiento cuando una carroza pasa ante sí. El recuerdo, la actividad y la visión de una carroza en la noche

mágica, simbolizan todas las cabalgatas posibles. Hay muchas formas de estar en la fiesta cada año, a veces más, a veces menos, pero para cualquier higuereño en la ausencia más dramática o en la presencia más comprometida, la cabalgata —su cabalgata— es un referente indiscutible. De ahí que la cabalgata se haya convertido en una fuente de seguridad emocional en tiempos fulgurantes y de cambio del propio pueblo, que en apenas una generación ha presenciado una transformación social y económica que los jóvenes apenas pueden intuir.

La cabalgata se transforma entonces en cabalgatas, una para cada uno, una para cada uno según el momento. Tantas cabalgatas como personas y momentos. Todo ello no se entiende bien desde la razón, sino mucho mejor desde la emoción. No hay una cabalgata sino múltiples, que sólo aúna el nombre por el que las nombramos. Pero en este aunar semántico se aúnan también las personas y esa es la grandeza que explica —en parte— que en la actualidad se haya desembocado en una suerte de auto sacramental que tiene más de místico y colectivo, que de la materialidad e individualidad de las que se nutren nuestro mundo. No podemos querer saberlo todo.

Por mi condición de forastero, mi experiencia con la cabalgata viene más de lo que me hablaron y contaron que de lo que yo he podido experimentar personalmente. La vivo intermitentemente desde hace casi veinte años, pero mis padres, mi familia y mi niñez no se pueden aferrar a ella. La he vivido con ojos demasiado intelectuales que sólo ahora —afortunadamente— comienzan a nublarse. Pero por el contrario he podido acercarme a la cabalgata de muchos higuereños. Cada uno tiene las suyas y a veces sólo ante un extraño se abren. Anécdotas, historias, relatos, sentimientos... recuerdo innumerables cabalgatas en las voces de los higuereños, referidas con emoción al antropólogo. Es ahí donde he encontrado vivamente esas cabalgatas que confluyen en la cabalgata y que normalmente habitan desapercibidas en el fondo de cada uno.

VI. HIGUERA A TRAVÉS DE LA CABALGATA

Pedro Cantero, en su tesis doctoral, escribe que “cada población tiene un ethos propio, un talante que la caracteriza, en todo pueblo suele prevalecer una forma de estar y sentir la vida que implica tanto el gozo como la pena, el trabajo y el ocio, el tiempo y el espacio (...) El ethos apunta al temple, al sentido del humor, a la disposición, a las formas de apreciar, a los hábitos mayoritarios, al modo de enfrentar los eventos”. La cabalgata, si la miramos como aquí invito, nos ayuda a intuir el ethos de Higuera de la Sierra. No sólo porque sea una manifestación de éste, sino porque contribuye a conformarlo.

Higuera a través de la cabalgata se ve como la encarnación de una forma de entender y de hacer, que mezcla en sus justos términos autonomía, grupo, pueblo, acuerdo, disputa..., en definitiva todo lo que se pone en juego para que la cabalgata salga cada año, con las tensiones, la pasión y la satisfacción que le son propias.

Para que este ritual excepcional sea posible se precisa que el colectivo tenga una forma de estar en la vida, que viene a ser como la personalidad al individuo. Pero aunque pudiera parecerlo no estoy echando mano de una esencia, sino antes bien de un proceso, con tendencias reconocibles y cambiantes. La cabalgata se ha ido moldeando, como el pueblo, para llegar a ser lo que es. Por eso no me gusta verla, ni describirla, ni referirla, como un producto del pueblo, sino como su encarnamiento. Pronunciarla es invocar al pueblo que no podría ser mejor nombrado.

Me gusta considerar la fiesta, la auténtica celebración colectiva, como una especie de antídoto a la modernidad. Se que esto es falaz, pero habito en esa esperanza. Antídoto a la racionalización y al consumismo —no a la razón y el consumo, sino al delirio de ambos. La cabalgata es quizá la celebración colectiva que más se acerca a mi anhelo. No creo estar idealizándola porque soy consciente de todo lo que hay y se mueve a su derredor, creo que la conozco tanto como un forastero iniciado puede hacerlo. A través de

ella propongo ver Higuera. Espero que este recorrido por el mito, el hacer juntos, el tiempo y las cabalgatas nos ayuden otorgándonos lucidez.

BIBLIOGRAFÍA

DEL CAMPO TEJEDOR, A.; QUINTERO MORON, V. Y RUIZ BALLESTEROS, E. (2003) *Reyes en Higuera. historias de la cabalgata*. Ayuntamiento de Higuera de la Sierra.

CANTERO MARTÍN, PEDRO A. (2007) *Del sentimiento. Bosquejos de una cultura del sentimiento en Andalucía*. Universidad Pablo de Olavide, Sevilla.

FAL CONDE, D. (1949) *La devoción a Nuestra Señora del Prado*. Escuelas Profesionales Salesianas, Sevilla.

FAL CONDE, D. (1973) *Datos para la Historia de Higuera de la Sierra*. Editorial Católica, Sevilla.

GARCÍA RUIZ, C. (1984) *Historia de las hermandades de Higuera de la Sierra*. Cádiz.

RUIZ BALLESTEROS, E. (1992a) "Simbolismo, Poder y Asociaciones en la Sierra de Aracena. El caso de Higuera de la Sierra" en *I Anuario Etnológico de Andalucía*. Consejería de Cultura. Sevilla, pp. 156-163.

RUIZ BALLESTEROS, E. (1992b) "Sociedad local en la Sierra onubense. Fiestas y asociaciones en Higuera de la Sierra" en *Huelva en su Historia 4*. Huelva, pp. 505-521.

RUIZ BALLESTEROS, E. (1993) "Transformación socioeconómica e identidades en el contexto local serrano: Higuera de la Sierra" en *Aestuaría, Revista de Investigación* n° 1. Diputación Provincial de Huelva, pp. 66-90.

RUIZ BALLESTEROS, E. (1996) "En torno a la cabalgata de reyes de Higuera de la Sierra" en *Actas VI Jornadas de Patrimonio de la Sierra*, Huelva. pp. 179-185.

RUIZ BALLESTEROS, E. (1998) “Las fiestas de invierno. Los reyes magos en Higuera” en J.M. Marquez (dir.) *Artes, costumbres y riquezas en la provincia de Huelva*. Ed. Mediterráneo. Madrid pp. 613-628.

RUIZ BALLESTEROS, E. (1999) *Higuera de la Sierra. Un estudio sobre sociabilidad, identidades y poder*. Consejería de Cultura, Junta de Andalucía.

RUIZ BALLESTEROS, E. Y DELGADO LÓPEZ, M. (1993) “La Cabalgata de Reyes Magos de Higuera de la Sierra. Fiesta y espectáculo, texto y contexto” en *Demófilo. Revista de Cultura Tradicional* nº 11. Fundación Machado. Sevilla, pp. 95-111.

